



—Cuando alguien se obstina en el silencio, es posible todo. ¡Hasta eso!

El maestro daba sus lecciones mañana y tarde con meticulosa puntualidad, y el domingo iba a misa con sus niños, que reían como pájaros y hacían esfuerzos por agradar con sus risas y su ingenio al maestro, que los miraba complaciéndose en su dicha, pero desde muy lejos, como si llegara la luz de su mirada desde un país muy vago y muy remoto.

Alguna vez recordaban las palabras que les había dicho en la escuela o en los paseos que daban todos los jueves por las afueras de Rineda. Los padres, sin entender lo que decían sus hijos, guardaban en la memoria sus palabras y acudían a preguntar al cura, al médico o al alcalde qué querían decir. Buena copia de estos dichos fugaces que al maestro se le escapaban de los labios se habían amontonado en la cabeza de los tres hombres más sabios de aquel pueblecito perdido en la montaña.

Un día preguntó el más atrevido de la escuela al maestro por qué no hablaba casi nunca y por qué no decía sus pensamientos a los amigos. El maestro dijo que no tenía amigos en el mundo y que, en fuerza de callar, había aprendido de la rosa, del árbol y del viento a decir al silencio lo que pasaba en su corazón.

Otro día, al salir de una fiesta religiosa, le preguntó el cura si creía que en el mundo hubiese hombres capaces de desconocer la existencia de Dios. El maestro contestó que los hay, y no pocos, por desgracia, que niegan la existencia de Dios, pero que no puede haber uno solo que la desconozca.

—¿Es que se puede negar lo que parece innegable al entendimiento?—dijo el cura asombrado de oír tal respuesta.

—Lo único que solemos negar, amigo mío, es lo que parece innegable a todas luces; somos casi siempre esclavos de nuestras palabras, y quien busca de veras su libertad ama el silencio y no se aparta nunca de él.